

# Los estudiantes comunistas frente a la reestructuración de la Universidad de Buenos Aires (1955-1958)

Juan Sebastián Califa

Juan Sebastián Califa es Becario Doctoral del CONICET en el Instituto de Ciencias de la Universidad Nacional de General Sarmiento, y Docente del Ciclo Básico de la Universidad de Buenos Aires.  
e-mail: jsscalifa@hotmail.com

Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en las *VII Jornadas de Sociología. Pasado, presente y futuro, 1957-2007*, organizadas por la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, en noviembre de 2007. El autor agradece a Pablo Buchbinder por sus valiosos comentarios; y a Tati por posibilitar la consulta en el archivo del Partido Comunista.

## Resumen

Este artículo se propone como un aporte al estudio del movimiento estudiantil argentino. Pese a constituir un movimiento social que desde la Reforma Universitaria de 1918 ha gravitado decisivamente en vastos períodos de la historia nacional, hasta aquí la investigación social no le ha prestado la atención que se merece.

El trabajo que aquí se ofrece se concentra en los estudiantes comunistas en el período abarcado entre los años 1955-1958, y en un espacio concreto, la Universidad de Buenos Aires. Esta elección se justifica en la relevancia que tendría en esta casa de altos estudios el movimiento estudiantil, y particularmente en el carácter «anticipatorio» de buena parte de las políticas llevadas a cabo por los comunistas en ese contexto. Como se verá, la política de éstos propone un número relevante de temas que atraviesan una radicalización estudiantil en asenso, que estallaría a fines de la década de los sesenta.

## Summary

This article is intended as a contribution to the study of the student movement in Argentina. Despite of constituting a social movement which, since the university reform of 1918, has gravitated decisively in large periods of national history, the social research has not given the attention it deserves.

The work that is offered here focuses on the student community in a given period, between 1955 and 1958, and in a concrete space, the University of Buenos Aires. This choice is justified by the relevance that reformist student movement would have in this context; and particularly, the «anticipatory» character of many policies conducted by Communists, as part of the young reformism. As will be seen, the communist politics proposes a number of issues that would cross athwart the radicalization of student movement which burst at the end of the sixties.

## PRESENTACIÓN

Con el golpe de Estado de 1955 las universidades nacionales fueron intervenidas. En sintonía con el nuevo estado de poder, las mismas atravesaron una vertiginosa transformación que los estudiantes reformistas, entre otros, denominaron «normalización». Éstos, que en tanto militantes aludían al legado ideológico de la Reforma de 1918, jugaron un papel sobresaliente en este aguerrido y complejo proceso.

El presente artículo abordará la política que los jóvenes comunistas desarrollaron, como parte del reformismo estudiantil, con respecto a tal transformación en la Universidad de Buenos Aires (UBA)<sup>1</sup>. Se considera aquí que buena parte de las críticas propiciadas por este sujeto al proceso en cuestión fue «anticipatoria». De modo que éstos abordaron, como se verá, en un sentido marcadamente negativo, cuestiones que el resto del reformismo aún no visualizaba de esa manera. En los años venideros, por el contrario, buena parte del reformismo haría suya en gran medida esas tempranas críticas de los jóvenes comunistas. Por ello mismo, a los fines de este trabajo resulta relevante focalizarse en dicho sujeto.

En el ya célebre libro *Intelectuales y poder en la década del sesenta* Silvia Sigal muestra que buena parte de las críticas de los estudiantes a las autoridades docentes de la Universidad en la década de 1960 tenían sus antecedentes en ciertas fisuras que se produjeron en el período que aquí analizo<sup>2</sup>. En este trabajo se ahondará

<sup>1</sup> El Partido Comunista Argentino (PCA) asignaba un lugar no menor a la militancia estudiantil. A través de ella, orientada políticamente por intelectuales de primera línea de éste, se hacía de una cantidad de militantes nada despreciable. Ver: Isidoro Gilbert, *La FEDE. Alistándose para la revolución. La Federación Juvenil Comunista 1921-2005*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, p. 251. La notable transformación operada en la composición social partidaria entre 1945-1976 a favor de los sectores medios y en desmedro de la clase obrera es subrayada por Jorge Cernadas, Roberto Pittaluga y Horacio Tarcus: «La historiografía sobre el partido comunista de la argentina. Un estado de la cuestión», en: *El Rodaballo. Revista de Política y Cultura*, año IX, Nº 8, otoño-invierno de 1998, p. 39. A propósito, los otros balances bibliográficos existentes sobre los comunistas ver: Daniel Campione: «Los comunistas argentinos. Bases para la re-construcción de su historia», en: *Periferias*, año 1, Nº 1, Buenos Aires, 2º semestre de 1996; y más recientemente, Hernán Camarero: «La Izquierda como objeto historiográfico. Un balance de los estudios sobre el socialismo y el comunismo en la Argentina», en: *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, año 1, Nº 1, Buenos Aires, septiembre-octubre de 2005.

<sup>2</sup> Así por ejemplo esta afirma: «Las primeras fisuras del proyecto reformista aparecieron muy precozmente, con la discusión de los modelos de reorganización institucional en departamentos que debían reunir cursos comunes. Afloró allí, también, la tensión entre los dos temas, innovación y democratización, cuya armonía había dado fuerzas a la Reforma del '18 ya que al argumento a favor de la racionalización de los estudios y de una mejor utilización de los equipos existentes se le oponía el del riesgo de creación de centros elitistas». En *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, p. 92. Como se verá, las polémicas en torno a la departamentalización de la UBA fueron levantadas dentro del cuerpo reformista estudiantil por los comunistas.

en esas circunstancias y se mostrará el protagonismo de los comunistas en tanto emisores destacados, cuando no exclusivos, de dichas críticas. Con ello se pretende contribuir, por cierto, al estudio de un período y un sujeto político, el movimiento estudiantil, a los que hasta aquí no se les ha prestado suficiente atención. Además, en estas líneas se avanza en una tesis polémica con la bibliografía existente, como el texto de tal autora por ejemplo, que considero central para comprender la agitada historia argentina que atraviesa el período mayor comprendido entre los años 1955 y 1976. La misma señala que la radicalización estudiantil corrientemente adjudicada a los tardíos sesenta y más aún a los tempranos setenta, en verdad ya se puede advertir en ciernes a fines de los cincuenta<sup>3</sup>. Precisamente, como trataré de explicar, la política desarrollada por los comunistas, aunque no sólo por ellos, lo demuestra. En tal sentido es que se redimensiona esta particular indagación.

#### ANTECEDENTES: LOS COMUNISTAS FRENTE A LOS GOBIERNOS DE PERÓN

En 1945, el Partido Comunista Argentino (PCA) integró la Unión Democrática que perdió los comicios de principios del año siguiente en manos de la fuerza social personificada por Juan Domingo Perón. La derrota, como se sabe, fue un duro golpe para los miembros de aquella coalición electoral, quienes progresivamente aumentaron su distanciamiento respecto al nuevo gobierno. El PCA, si bien fue el partido más crítico frente a la alianza peronista, de entre los que formaron dicha coalición, fue también un opositor. No obstante, su política posterior lo haría pendular entre uno u otro agrupamiento de una sociedad polarizada entorno a dicho gobierno. De este modo, éste se colocaba en una incómoda posición para desarrollar las alianzas características de una propuesta política «por etapas» que advertía la necesidad de realizar una impostergable revolución democrático-burguesa antes de alcanzar el socialismo.

Frente al nuevo gobierno, los estudiantes reformistas, que desde 1943 venían motorizando sentidas protestas contra la administración de facto surgida del

<sup>3</sup> El único trabajo que encuentro coincidente con esta tesis es el de Jorge Graciarena quien sostiene: «En los años que siguen a la caída de Perón en 1955, el movimiento reformista entra en una línea de lenta radicalización que se acentúa notablemente a partir de 1960 con motivo de la Revolución Cubana». «Clases medias y movimiento estudiantil. El Reformismo Argentino: 1918-1966», en: *Revista Mexicana de Sociología*, año 33, N° 1, México, UNAM, enero-marzo de 1971, p. 87. Pero el autor no avanza más allá del señalamiento, desconocido por la literatura ulterior, que en estas líneas desbrozaré.

golpe de Estado producido ese año<sup>4</sup>, se ubicaron entre sus más férreos opositores al considerarlo como una continuidad de aquél. En 1946, antes de que asumiera Perón a la presidencia, las universidades fueron intervenidas bajo su presión, lo que corroboraría para ellos tal continuidad. Una vez que éste se convirtió en el primer mandatario, continuó la política respecto a estas casas de altos estudios que negaba el ideal autonomista legado de la Reforma de 1918, en el que se enmarcaba el cogobierno universitario que otorgaba un lugar relevante a los estudiantes en su dirección<sup>5</sup>. Así, en 1947 el parlamento sancionó la ley universitaria 13.031 la que implicaba, entre otros tantos asuntos, para los estudiantes la merma de su representación en los consejos directivos. La misma era reducida a un delegado, con voz pero sin voto, electo compulsivamente por sorteo entre los mejores promedios de los últimos años. En la misma dirección la ley 14.217, aprobada en 1954, establece que los estudiantes serían electos de una entidad reconocida, y podrían hacer valer su voto sólo en cuestiones relativas a ellos. Ambas cosas, puesto que esa entidad era la oficialista Confederación General Universitaria (CGU), y que no se podía distinguir cuáles eran cuestiones atinentes a los estudiantes y cuáles no, fueron criticadas por los reformistas. Al coro de sus reclamos se sumaban los cristianos humanistas, de tensas relaciones con el alto clero ganado por una ideología integrista por ellos denostada, que, al igual que la entidad mencionada, nació a fines de 1950—humanismo teocéntrico, personalismo, pluralismo y comunitarismo eran los valores que promovían—. Estos últimos, a pesar de las discrepancias que esgrimían

<sup>4</sup> Es de destacar que frente al golpe de Estado juniano los universitarios comunistas se mostraron desde el inicio como opositores. Si bien esta impetuosa posición no les fue exclusiva, sí los distinguió de buena parte de la joven militancia reformista que de modo expectante saludó al mismo aunque rápidamente pasó a una abierta oposición.

<sup>5</sup> «A modo de síntesis, sólo diremos que los principios reformistas pueden ser organizados alrededor de tres ejes: 1) Renovación y modernización del contenido y método de la enseñanza, en donde se incluyen reivindicaciones como las de capacidad de cátedra, provisión de cargos docentes por concursos, asistencia libre a clase para los estudiantes, ejercicio de la docencia libre, existencia de cátedras paralelas, etc. 2) Democratización de la estructura del gobierno universitario, con sus dos elementos básicos: autonomía universitaria y cogobierno docente-estudiantil. 3) Cambio de las relaciones entre Universidad y Sociedad, sobre todo a partir de prácticas como la extensión universitaria, el fomento de la unidad obrero-estudiantil y el latinoamericanismo. De estos tres ejes, fueron las reivindicaciones de corte político las que más claramente aparecieron en los estatutos sancionados entre 1918 y 1921 (autonomía y cogobierno) siendo también las más abiertamente contestadas en períodos posteriores», en: Marcela Pronko: *El peronismo en la Universidad*, Buenos Aires, Libros del Rojas, 2000, p. 10.

contra los reformistas por ser portadores de una ideología laica<sup>6</sup>, se convertirían en un férreo aliado suyo. En definitiva, la coincidencia entre ambos, en la crítica a un gobierno acusado de haber avanzado en libertades tan esenciales como las que debían imperar en la vida académica para hacer posible su decente existencia, mantenía unidos a éstos, aunque fueran en otros aspectos rivales ideológicos.

Durante estos años, los estudiantes comunistas en la Universidad no fueron ajenos a los vaivenes que el PCA les proponía a sus militantes<sup>7</sup>. Lo ocurrido en octubre de 1952, cuando su secretario interino (cuyo cargo regular era el de secretario de organización), Juan José Real, decidiera el ingreso de éstos a agrupaciones oficialistas, marcarían a fuego la política y las estrategias de los jóvenes comunistas a lo largo de la década. El inesperado giro de los universitarios comunistas a la oficialista, y derechista, CGU les depararía fuertes críticas de parte de los refor-

<sup>6</sup> Su líder y fundador, Ludovico Ivanishevich, declararía tiempo después: «No compartíamos el laicismo y este fue el punto fundamental. Le voy a explicar, el laicismo no sostenía la libertad y nosotros sí. El laicismo tenía una neutralidad muy cerrada, influenciada por el positivismo y el marxismo, nosotros sosteníamos una neutralidad abierta, incluso mirábamos al marxismo con una curiosidad muy grande, entusiasmados por las ideas asuncionistas de éste, queríamos tomar todo lo que nos parecía interesante de todos lados, pero no por eso, no distinguir la infusión de una ideología determinada». Gustavo O. Dalmazzo, *La línea recta: Un siglo de lucha*, Buenos Aires, Facultad de Ingeniería, Universidad de Buenos Aires, 1997, p. 27.

<sup>7</sup> A mediados de la década de 1930 el PCA había decidido disolver su agrupación universitaria, *Insurrexit*, crítica de las propuestas políticas de reformistas estudiantes y graduados de fundar un partido a semejanza de lo que Raúl Haya de la Torre haría en Perú. La política moscovita mundial de constituir frentes populares contra el ascenso del fascismo alcanzó tempranamente a los estudiantes comunistas. De este modo, éstos, encabezados por Héctor Pablo Agosti, quien, al igual que muchos de sus compañeros, intercambiaba habitualmente jornadas universitarias con otras tras las rejas, se sumaron al reformismo. Así, los centros y las federaciones locales y la federación nacional los empezaron a contar entre sus filas, y en algunos años los tendrían en posiciones dirigentes. En 1943 la unidad se profundizaría con las intervenciones del Ejecutivo, surgido del golpe de Estado, a las universidades. «La generación del '45», como la llamaba afectuosamente Rodolfo Ghioldi en este año crítico de la historia argentina, uniría todavía más al estudiantado comunista con el resto del reformismo. Dicha unidad se mantendría en los años venideros. Sobre la actuación del PCA en el movimiento estudiantil puede verse específicamente el artículo de Marcelo Caruso, «La amante esquiva: comunismo y reformismo universitario en Argentina (1918-1966). Una introducción», en: Renate Marsiske (coord.), *Movimientos Estudiantiles en la Historia de América Latina*, vol. 2, México, Plaza Valdéz Editores, 1999, pp. 123-161. Desde la óptica comunista se encuentran dos trabajos que abordan específicamente la historia del movimiento estudiantil: el de Bernardo Kleiner, *Veinte años de Movimiento Estudiantil Reformista 1943-1963*, Buenos Aires, Platina, 1964; y el de Gustavo Hurtado, *Estudiantes: reforma y revolución. Proyección y límites del Movimiento Estudiantil Reformista (1918-1966)*, Buenos Aires, Cartago, 1990.

mistas<sup>8</sup>. Más aún un año después de que tal estudiantado se movilizara tras el secuestro por parte de la Policía Federal del estudiante comunista de Química de la UBA Ernesto Mario Bravo, finalmente aparecido con heridas que justificaban las denuncias de tortura a su persona durante el cautiverio. Así, sus hasta entonces tradicionales aliados, con quienes los comunistas compartían los idearios laicos y progresistas de la Reforma de 1918, en represalia a su política errátil, una crítica al PCA que se multiplica a lo largo de su historia, los marginaron definitivamente de las conducciones de los centros estudiantiles. El regreso de Victorio Codovilla al país y a su cargo histórico, el de secretario general del PCA, luego de una nueva visita a la URSS, revirtió a principios de 1953 la política del «nuevo enfoque» de su reemplazante y lo expulsó del partido<sup>9</sup>. Pero aunque la excursión comunista llegó a su fin, no sucedería lo mismo con las críticas del joven reformismo que, por el contrario, se intensificarían<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> En relación a este hecho María Estella Spinelli sostiene que «José Luis de Imaz (1977), entonces militante de la Confederación General Universitaria (CGU), hizo referencia a esta situación y al fuerte desconcierto y rechazo que generó –se refiere a la presencia comunista– en los militantes que provenían del nacionalismo», en: *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la revolución libertadora*, Buenos Aires, Biblos, 2005, p. 244, cita 125. Ello lo confirma el artículo «Frente al comunismo» aparecido en el primer número del periódico de la CGU, *Actitud*, en febrero de 1954, que llama a estar alerta frente a la infiltración comunistas por ser ésta una ideología contraria a dios, a la patria y a la familia, es decir, enemiga del ideario peronista según éstos. Por si faltara algún otro elemento para caracterizar a esta entidad como derechista, conviene leer la contratapa de esta publicación en la que se manifiestan las activas buenas relaciones que mantienen con el Sindicato de Estudiantes Universitarios franquista y la nota contigua en la que se alaba la trayectoria de un soldado de Hitler, así reconocido, de visita en la Argentina.

<sup>9</sup> Según Gilbert: «Real no se habría atrevido a dar ese paso si no estuviera seguro de que contaría o con el total apoyo de Codovilla o con sus amigos en Moscú». El autor recogió un testimonio relevante en esa ciudad, el de Kiva Maidanik, al que presenta como una autoridad de las relaciones entre el PCUS y el PCA, que plantea que tal operación política fue cosa de los últimos pero asimismo, sin tomar decididamente partido por una u otra hipótesis, señala un posible apoyo de Codovilla a esa movida política, aunque también deja ver con las declaraciones de quien por entonces fuera secretario del último lo contrario. En todo caso, el texto de este autor resulta útil para reconstruir inicialmente las diferentes hipótesis que pueden explicar tal giro del PCA. Véase, *El oro de Moscú. Historia secreta de la diplomacia, el comercio y la inteligencia soviética en la Argentina*, Buenos, Sudamericana, 2007. En particular consúltese el capítulo siete: «El «caso Real», ¿una operación de la inteligencia soviética?», pp. 219-226.

<sup>10</sup> Con duras palabras Jorge Bergstein, líder de la FJC, se refería a aquella situación poco después: «estas claras previsiones de la Sexta Conferencia, que en ese sentido siguiera las valiosas indicaciones del camarada Codovilla, fueron desestimadas en los últimos meses y llevadas por la tendencia oportunista que se arrastra a la cola del peronismo llegamos a conclusiones que idealizaban las pretendidas conquistas revolucionarias del justicialismo ..., perdiendo nuestra fisonomía y personalidad política y aceptando principios reñidos con

En verdad, el episodio no había iniciado un alejamiento del resto del reformismo hacia ellos sino más bien concluido un proceso de distanciamiento-exclusión que desde comienzo de la década era factible advertir. El mismo era producto de un reformismo renovado que, bajo la conducción del poderoso Centro Estudiantil de Ingeniería (CEI, más adelante llamado «La Línea Recta», tras la temporaria clausura y quite de su personería jurídica por decreto gubernamental durante 1952), se había reconstituido gremialmente bajo el signo de la oposición sistemática al gobierno<sup>11</sup>. La nueva Liga Reformista –compuesta por radicales, socialistas, anarquistas e independientes– le criticaba a los comunistas sus oscilaciones de cara a la administración nacional<sup>12</sup>. El hecho de que los comunistas subrayaran el elemento popular del peronismo, no caía nada bien entre el resto de los reformistas e intransigentes opositores gubernamentales que globalmente no sabían de matices ni menos de medias tintas. Así, se abría una brecha muy grande de consecuencias cruciales de cara a los próximos años, que tardaría mucho tiempo en cerrarse.

Los prolegómenos del golpe de Estado de 1955 se mostrarían para los universitarios comunistas como el momento indicado de volver al lugar del que nunca debieron apartarse, tal cual razonaban. Como se verá, el progresivo acercamiento

nuestra concepción tales como medidas discriminatorias, métodos antidemocráticos, silenciando críticas a concepciones reaccionarias y sobre todo imponiéndonos un silencio inadmisibles frente al problema de la lucha por la paz. Al mismo tiempo hemos permitido la introducción de concepciones de tipo nacionalista burgués «chauvinista», que mellaban la propia sensibilidad revolucionaria de la FJC». *Dominar y defender la línea independiente de nuestro partido para construir el frente patriótico de la juventud*, Buenos Aires, Voz Juvenil, 1953 (informe rendido ante el Comité Central del PCA realizado en los días 06, 07 y 08/02/1953).

<sup>11</sup> El dirigente reformista y socialista Ernesto Weinschelbaum recuerda cómo el CEI se decidió a volver a ser parte de la FUBA: en 1950 «formamos la Liga Reformista, empeñada en la lucha por la reforma universitaria y la vigencia de las instituciones democráticas, en abierto enfrentamiento con el gobierno peronista y con las posiciones del grupo pro comunista que había quedado ya en franca minoría en casi todas las facultades». «Mis años en el movimiento estudiantil entre 1945 y 1955», en: AA.VV.: 1918-2008. *La reforma universitaria. Su legado*, Buenos Aires, Emilio J. Perrot, 2008, p. 160.

<sup>12</sup> Numerosos de los referidos textos sobre la cuestión, así como el grueso de los militantes, a excepción de los comunistas, manifiestan que los partidos políticos no incidían en las decisiones que el reformismo tomaba puertas adentro de la Universidad. Coincido, empero, con la crítica de María Cristina Torti y Cecilia Blanco quienes señalan: «No obstante, esta afirmación de carácter general, no debería desconocerse que la mayoría de los dirigentes y militantes universitarios tenían afiliación partidaria. Por ello, también, las diferencias entre socialistas, comunistas y frondicistas, por caso, jugaron un papel no despreciable en la dinámica que asumieron las disputas intra y extra universitarias». «Los socialistas en el movimiento universitario tras la caída del peronismo», en: Pablo Bonavena, Juan Sebastián Califa y Mariano Millán (comps.), *El movimiento estudiantil argentino. Historias con presente*, Buenos Aires, Ediciones Cooperativas, 2007, p. 87.

con el resto del reformismo llegaría, aunque no exento de disputas sobre todo con su fracción «de derecha», que prefería mantenerlos en el lugar secundario marginal que ocupaban desde hace años. No obstante, estos debates demorarían algún tiempo en madurar. Los meses siguientes al golpe no se considerarían oportunos, de parte del amplio espectro estudiantil que ocupó y dirigió las universidades, para traer a escena nuevamente viejas disputas. Así, por algún tiempo la unidad soslayó rupturas que pronto, bajo nuevas condiciones, se manifestarían inevitables.

## LOS COMUNISTAS DE CARA A LA RENOVACIÓN UNIVERSITARIA

### El tablero comienza a cambiar

El golpe septembrino encontró a los comunistas en una posición ambigua. Si bien por un lado habían censurado el levantamiento de unos meses antes contra el gobierno por antipopular<sup>13</sup>, por otro alentaban una convivencia democrática que incluía a los partidos de la oposición. Por ello, una vez producido el golpe creyeron necesario bregar por un «Frente Democrático Nacional», que promoviera un gobierno «democrático y popular», y evitar así cualquier derramamiento de sangre que planteara una situación de guerra civil<sup>14</sup>. En ese sentido, sin suerte como lo demostraría el paso del tiempo, intentaron apoyar al sector menos «revanchista» del gobierno, esto es, el representado por Lonardi. Sin embargo, a medida que el antiperonismo visceral se imponía en el elenco gobernante, con el ascenso de Aramburu al poder ejecutivo, el PCA se corría más hacia la oposición. Se encontrarían aquí con los obreros peronistas que defendían sus conquistas frente a la prepotencia patronal-gobernante y, paralelamente, con sectores políticos que, como el frondicismo, en vez de desconocer la identidad peronista la reconocían para superarla en un futuro próximo. Lo que los comunistas consideraban en sintonía

<sup>13</sup> «El golpe de estado ha venido en pos de una definición antipopular de la situación argentina. El terror contra la población civil, el asesinato a mansalva de mujeres y hombres indefensos, el bombardeo de objetivos civiles... De triunfar, el golpe sólo beneficiaría al imperialismo norteamericano y a sus escasos servidores indígenas». Volante de la FJC «A las organizaciones de la juventud argentina», Buenos Aires, 09/07/1955 (J. Bergstein, secretario general).

<sup>14</sup> La versión partidaria de este hecho no contempla los matices que aquí observo. Por ejemplo Oscar Arévalo, quien es deudor y a su vez prolongador en el tiempo del célebre *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina* editado en 1948, afirma: «Al producirse el golpe de estado de septiembre de 1955, así llamado Revolución Libertadora Argentina, el Partido Comunista, que se había resistido incesantemente, llegando a requerir la entrega de armas a la clase obrera y al pueblo, señaló que de esa forma no se terminaría con la inestabilidad política y la zozobra social». *El Partido Comunista*, Buenos Aires, CEAL, 1983, p. 93.

con éstos era que el peronismo aún constituía una identidad política que, no obstante, bajo nuevas circunstancias democráticas podía diluirse como tal<sup>15</sup>.

En la Universidad, los jóvenes comunistas llamaron a una política de unidad que alentaba la recuperación de espacios perdidos. Al igual que los otros reformistas, consideraban que la Universidad debía ponerse a tono con la necesidad de un desarrollo industrial independiente del país<sup>16</sup>. Para ello, juzgaban imprescindible introducir cambios en las casas de estudios superiores y recuperar la fortaleza de su sector más dinámico: los estudiantes.

Un sugerente documento aparecido antes del golpe, en abril de 1955, señalaba que «[...] este período se ha caracterizado por el ascenso de la combatividad, de la conciencia antiimperialista de los estudiantes y que el rasgo nuevo y principal de las mismas es que *desarrollaron el signo alentador de la unidad de acción*»<sup>17</sup>. Más adelante se preguntaban: «Por qué no hemos canalizado el inmenso descontento y ansias de lucha que existe en la masa estudiantil, ni incorporamos el nuevo y amplio campo de aliados que se abre ante nosotros en la nueva situación que analizamos?» Y enseguida se respondían:

«Es que no hemos sido suficientemente consecuentes en el planteo y la organización de la unidad entre los estudiantes de los diversos sectores, de las distintas organizaciones, de los reformistas y no reformistas (entre los que se cuenta el importante campo de los estudiantes católicos), y de los que no se encuentran organizados, que son la mayoría, en formas amplias y concretas de unificación»<sup>18</sup>.

<sup>15</sup> Respecto de la actuación del PCA en este período puede verse, además del citado libro de Spinelli que dedica algunas páginas al tema, el artículo de María Cristina Tortti: «Izquierda y «nueva izquierda» en la Argentina. El caso del Partido Comunista», en: *Sociohistórica*, N° 6, 2º semestre, La Plata, UNLP - Ediciones Al Margen, 1999.

<sup>16</sup> Héctor P. Agosti un año después reflexionaba sobre este asunto y expresaba que «Formalizar aquella indispensable unidad no significa, ni mucho menos, regir las disidencias ideológicas. En lo que a nosotros concierne nunca abdicaremos a nuestro modo de pensar ni se nos ocurre, por lo tanto reclamárselo a los demás. Sí decimos, en cambio, que es posible un terreno común de coincidencias en el esfuerzo por modernizar la Universidad. Modernizar quiere decir convertir a la Universidad en centro de la investigación racional de los problemas argentinos, en una organización pedagógica donde la práctica en seminarios y laboratorios sustituyan a la recitación en lecciones y donde el aprendizaje profesional no mutile la formación humanista del estudiantado concebido como hombre total». «La reconstrucción de la Universidad democrática», en: Paulino González Alberdi, Héctor P. Agosti, Leonardo Paso, *Los Comunistas y el problema universitario*, Buenos Aires, Anteo, 1956, pp. 30-31.

<sup>17</sup> «Las luchas de los estudiantes argentinos por una Universidad democrática al servicio del pueblo y la Nación», informe al Comité Central de la FJC, abril de 1955, p. 1.

<sup>18</sup> Ídem, p. 4.

En tal sentido, luego de atacar la política del peronismo en la Universidad y reconocer la lucha de los estudiantes, al mismo tiempo que criticaban a quienes con medidas como la huelga por tiempo indefinido comprometían a las masas estudiantiles en lugar de apuntalarlas con su lucha, sostenían:

*«todo aquel estudiante, reformista o no reformista, pertenezca a la FUA, a las agrupaciones católicas o a la CGU, sea radical o sin partido, católico o ateo, pero que ame la paz, la independencia y el desarrollo progresista y democrático de la patria, debe fortalecer y engrosar esta unión por uno o más puntos que tenga en común»<sup>19</sup>.*

De este modo, la política unitaria, que privilegiaba en los primeros tiempos de «la libertadora» la inserción en las comisiones aparecidas al calor de la nueva etapa en desmedro de la militancia en los Centros de Estudiantes, determinaría la acción de los comunistas<sup>20</sup>. Pese a las críticas que pudieran existir<sup>21</sup> y a las diferencias más marcadas con tendencias como la de los religiosos humanistas, privilegiarían la unidad en vistas del ascenso del estudiantado hacia posiciones de poder en la Universidad, que le venían siendo sistemáticamente negadas desde el primer gobierno de Perón. Así, razonaba esta pequeña pero disciplinada corriente, podrían aplicar progresivamente la orientación que su política pergeñaba para tal institución al influir sobre el estudiantado y crecer en él.

<sup>19</sup> Ídem, p. 16.

<sup>20</sup> Esto me lo reiteró Gilbert, quien fuera desde fines de 1956 hasta principios de 1958, el encargado estudiantil comunista para la UBA. Entrevista realizada el 09/10/2008.

<sup>21</sup> Según Sigal: «El consenso no es, sin embargo, completo y tres días después que la Federación Universitaria hubiera saludado la caída de un régimen opresor y falaz, la Federación Juvenil Comunista difunde volantes alertando sobre los riesgos del momento. Muchos estudiantes y otros sectores populares celebran la caída porque consideran que se termina así el negro proceso de degradación de todos los aspectos de la Universidad Argentina. De igual modo creen que la subversión de las libertades democráticas, la crisis económica, la declinación humillante de la soberanía mediante convenios como el de la California están superados (...) Los estudiantes comunistas, teniendo presente la experiencia argentina de los golpes de Estado de 1930 y de 1943, consideramos que este no es el camino para la solución de los grandes problemas nacionales», op. cit., p. 54. No obstante, los estudiantes comunistas, al igual que ocurrió con un sector minoritario del reformismo, pese a estas críticas al golpismo luego terminaron rindiéndose frente a las evidencias de que resultaba imposible retrotraer la situación. De este modo, así me lo manifestó Gilbert en la referida entrevista, no se privaban de poder influir sobre la militancia estudiantil decididamente a favor del golpe.

Poco antes de cumplirse un mes del golpe, los universitarios comunistas emitieron un folleto en el se pueden avizorar quince puntos que marcarían su política. 1. Apoyar a los estudiantes. 2. Proponer una «convivencia democrática». 3. Llamar a la unidad y a su ratificación en centros y federaciones únicas. 4. Convocar a mantener una posición independiente respecto del gobierno. 5. Repudiar las falsas divisiones que se establecen en las antítesis reformistas no reformistas y ateos versus católicos. 6. Invocar la unidad obrero-estudiantil en el marco de un enérgico repudio a los avasallamientos populares. 7. Exigir una nueva ley universitaria en la que se restablezca la autonomía y se contemple la participación estudiantil en el gobierno tripartito igualitario. 8. Requerir que la Universidad renovada se asiente sobre una enseñanza verdaderamente científica orientada al pueblo. 9. Pregonar una educación laica tal cual la estableció la ley 1420. 10. Luchar por una cabal revisión de los planes y programas de estudio, con participación de docentes y estudiantes. 11. Promover la docencia libre. 12. Organizar la extensión universitaria. 13. Retornar a la constitucionalidad. 14. Combatir el imperialismo y sus representantes en el gobierno provisional. 15. Pugnar por la independencia nacional. Finalmente, el documento concluía propiciando un «Frente Patriótico de la Juventud Argentina», que se organizaría en el «Frente Democrático Nacional» antiimperialista, antioligárquico y pro-paz, el cual constituiría una garantía para la patria<sup>22</sup>.

En octubre, el poder estudiantil ya era notorio en la Universidad. En la UBA este hecho queda perfectamente ilustrado por la presencia de José Luis Romero en su rectorado, puesto allí por los estudiantes luego de ocupar y dirigir éstos la casa de altos estudios los días posteriores al golpe<sup>23</sup>. No obstante las generalizadas intenciones de no provocar divisiones que afectaran la creciente recuperación por parte de la militancia estudiantil de espacios dirigentes, no les fue nada fácil a los comunistas

<sup>22</sup> «¡Estudiantes: Unidos Conquistemos una Universidad Autónoma, Laica, Democrática, Científica y Abierta al Pueblo!», folleto, FJC, Universitarios Comunistas, 10/10/1955. Este tipo de propuestas emergían desde fines de la década de 1930 cuando el PCA adoptara la línea de los frentes populares y la FJC buscara a través de estas publicitadas organizaciones ganar adherentes a su política.

<sup>23</sup> Romero recordaba tres décadas después: «Me acuerdo que para que no pareciera una presión, aun estando ya resuelto que yo iba a ser designado, es decir cuando ya Lonardi había dado su consentimiento, el ministro Dell Oro Maini le pidió a la FUBA una terna [...]», en: Félix Luna, *Conversaciones con José Luis Romero. Sobre una Argentina con historia, política y democracia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1986, p. 14.

conformar sus pretendidas alianzas<sup>24</sup>. Todavía restaría mucho tiempo para que pudieran insertarse una vez más en el seno del movimiento estudiantil reformista.

### 1955-56. Una etapa de transición

Si bien resulta difícil fijar una fecha precisa para la ruptura plena de los estudiantes comunistas con el gobierno nacional, lo dispuesto el 4 de noviembre provocaría sin dudas una bisagra. Ese día el Ejecutivo dio a conocer un decreto-ley con los criterios que regirían los concursos universitarios para la renovación del plantel docente. La negativa de admitir a quienes profesen «ideologías totalitarias», apuntaba a los profesores vinculados con el peronismo, pero abarcaba en sus interpretaciones a los comunistas<sup>25</sup>. Con el tiempo el caso de Benito Marianetti en Mendoza, un abogado de prestigio y un dirigente local del PCA de primera línea, que por su ideología fue rechazado en un concurso en la Universidad Nacional de Cuyo, el que de otra forma hubiera ganado sin problemas, se convirtió en un acto de denuncia permanente<sup>26</sup>.

No obstante, las críticas al gobierno de «la libertadora», en sintonía con el resto del espectro reformista, aumentarían significativamente cuando el nuevo

<sup>24</sup> Un año después así se refería un colaborador de la revista *Centro*, publicación oficial del porteño Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, al iniciar un comentario sobre los primeros tres números de la filocomunista publicación universitaria *Mar Dulce*: «Entre nosotros, el estudiante comunista presenta generalmente un aspecto traumático fácilmente perceptible. Tal vez no sea difícil averiguar las causas de sus complejos y abundantes resentimientos: se sabe son populares entre los estudiantes y por lo demás, se siente un *poco extraño* a sus propias actitudes dentro del movimiento estudiantil, porque la mayoría de las veces se limita a seguir las directivas de la Federación Juvenil y del Partido (que francamente son un poco desconcertantes: en 1950, había que apoyar a la CGU y *carnear* las huelgas de FUBA, recientemente se reconoció la necesidad de trabajar intensamente dentro de los Centros). En fin, aunque debe resultar desalentador proponer sin resultados, una y otra vez, consabidas adhesiones a Congresos Pro-Paz en las reuniones de los Centros, hay que reconocer al estudiante comunista una voluntad y una disciplina poco comunes». Nº 12, octubre, 1956, p. 83.

<sup>25</sup> En la revista comunista *Nueva Era* escribía tiempo después Julio Luis Peluffo en referencia a este artículo: «Luego de todo lo que se ha visto y vivido, que aún se pueda repetir la fórmula «totalitarismo de derecha o de izquierda», tiene dos únicos contrafuertes: o la ignorancia absoluta de la esencia del totalitarismo y del socialismo, o la vocación fascista disimulada, muy mal disimulada». «El contrabando educacional», Año 8, Nº 1, enero de 1956, p. 13.

<sup>26</sup> Al respecto puede verse el folleto comunista *Discriminación ideológica en la Universidad de Cuyo*, Mendoza, abril de 1956.

presidente Aramburu sancione el 23 de diciembre de 1955 el decreto-ley 6.403<sup>27</sup>. Como positivo para los reformistas éste planteaba, entre otras cosas, de modo más acabado la autonomía universitaria (aunque en el articulado se hablaba de autarquía en tanto superadora de aquélla, término por sí polémico). La singularidad histórica de éste, en ese sentido, es subrayada por Buchbinder puesto que «[...] otorgó a las casas de estudio un grado de independencia del que no habían gozado durante todo el período reformista comprendido entre 1918 y 1943»<sup>28</sup>. Además, reglamentaba de modo somero los concursos docentes y la imprescindible «moralidad» que los rodearía (en este punto, empero, las desavenencias con los comunistas continuaban ante la persistencia en el artículo 32 del concepto «totalitario»). En el artículo siguiente, se disponía minuciosamente el modo de llevar adelante una impugnación, y se preveía la posibilidad de que esta provenga de organizaciones estudiantiles. Además, el decreto promovía el ingreso de los graduados a los claustros directivos de las universidades, cosa que hasta aquí no había tenido lugar en la UBA.

Sin embargo, su costado negativo no era menos patente para los reformistas. Los artículos 3 y 12 al reglamentar la actividad de consejos directivos y superiores respectivamente atacaban un comentado anhelo reformista al decidir en su parte final: «[...] una proporción que asegure la responsabilidad directa de los representantes del claustro de profesores». Pero lo más polémico del decreto-ley sería su artículo 28, centro de constantes ajetreos entre reformistas y católicos y propulsor de polarizaciones insalvables no sólo en la sociedad argentina sino, más específica y peligrosamente, en el seno de los promotores de la «Revolución Libertadora». Éste afirmaba: «La iniciativa privada puede crear universidades libres que estarán capacitadas para expedir diplomas y títulos habilitantes siempre que se sometan a las condiciones expuestas por una reglamentación que se dictará oportunamente».

El controvertido artículo, apoyado por los humanistas, quienes ya en sus documentos fundacionales propiciaban la existencia de universidades «libres», marcaría una primera ruptura bajo el nuevo contexto del frente estudiantil organizado en

<sup>27</sup> Sobre la legislación universitaria y otras disposiciones legales del período indagado sigo el volumen oficial *La Revolución Libertadora y La Universidad 1955-1957*, Buenos Aires, Ministerio de Educación y Justicia de la Nación, 1957 (1958). Asimismo, puede verse el trabajo de Emilio F. Mignone: *Política y Universidad. El Estado legislador*, Buenos Aires, Lugar Editorial, 1998.

<sup>28</sup> *Historia de las Universidades Argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 172.

torno a la oposición al anterior gobierno y el apoyo al golpe<sup>29</sup>. Las protestas relativas a la derogación del artículo no se harían esperar y se convertirían en particularmente álgidas durante los primeros días de mayo del año próximo, cuando detractores y defensores del ministro de Educación se crucen violentamente en un proceso que implicó tomas de dependencias secundarias y universitarias en todo el país. En la UBA los comunistas serían los principales impulsores de las ocupaciones en Medicina, en desmedro del Centro de esta Facultad —connotado tiempo después entre el llamado reformismo «de derecha»— y de la FUBA que aunque apoyaban el reclamo no propiciaban esta metodología de lucha<sup>30</sup>.

La partida del Romero de rectorado a mediados de mayo de 1956, al igual que la renuncia del militante católico Atilio Dell’Oro Maini de la cartera educativa nacional, colocaría al médico conservador Alejandro Ceballos al frente de la UBA. El nuevo rector, para quien el ideal universitario era volver a la institución que el golpe de 1943 había comenzado a disolver, se convertiría en un adversario de los sectores «modernizantes», afincados ostensiblemente en las Facultades de Ciencias Exactas y Naturales y Filosofía y Letras, que pretendían una renovación inédita de la Universidad en sintonía con la modernización económica y social que debía afrontar el país.

El informe presentado por Bernardo Kleiner, el máximo dirigente de los jóvenes universitarios comunistas, cuya importancia es central ya que resume los temas tratados en la reunión de estudiantes comunistas de todo el país que tuvo lugar entre el 3 y 4 de noviembre de 1956, se presenta como un rico balance de su política en la Universidad para aquel año<sup>31</sup>. El mismo está atravesado por una permanente crítica a las autoridades nacionales y universitarias además de atacar

<sup>29</sup> Los humanistas consideraban que tanto las universidades públicas como las privadas no debían expedir títulos habilitantes sino que éstos debían quedar a merced de un área estatal, a conformarse, que los expediría luego de los pertinentes exámenes a los egresados de ambas. No obstante, en lo concreto este distingo no implicaría una posición diferente a la adoptada por la Iglesia Católica. Por el contrario, la polémica medida los reconciliaría con la institución eclesial de cierto modo.

<sup>30</sup> El dirigente estudiantil comunista Bravo sostendría, en un balance de los hechos, que si bien se consiguieron algunas cosas tras la protesta, el gobierno mantuvo la responsabilidad directiva de los profesores al frente de las universidades, y aunque no reglamentó tampoco derogó el artículo 28. Asimismo, manifestaba que se elevó la conciencia política y la combatividad del estudiantado argentino, constituyendo una importante fuerza, aumentando la comunidad de intereses entre obreros y estudiantes y fortaleciendo a la FJC. «Experiencia de las recientes luchas estudiantiles. Los estudiantes y la Revolución Libertadora», en: *Nueva Era*, año VIII, N° 5, junio-agosto de 1956.

<sup>31</sup> En *Defensa de la Universidad Argentina*, Buenos Aires, Tribuna Estudiantil, 1957.

al gobierno peronista que definen como corporativista-fascista. En él se sienta posición adversa respecto de los concursos docentes, se critica el estado edilicio de las casas de estudio superior, se rechaza la derogación de los exámenes mensuales (mediante los que se permitía al alumnado rendir finales a cada mes) y el espíritu limitacionista que ello implica y se proyecta en las pruebas de ingreso que se intentará implementar el año siguiente, se apoya a la Federación Universitaria Argentina y a la FUBA aunque respecto al punto anterior se critica su posición pasiva o complaciente sobre tal cuestión y, por último, se advierte sobre la intención de ciertos profesores de imponer la supremacía del claustro docente en la futura Asamblea Universitaria negando de este modo la igualdad entre dicho claustro y los de egresados y estudiantes como debiera ser. Asimismo, hacia el final de este documento se encuentra un discurso de Ernesto Giudici, quien manejaba desde el PCA los hilos de la política universitaria, vertido en la reunión que añade otros dos temas: por un lado, una temprana crítica a la departamentalización universitaria y, por otro, un reproche hacia quienes dirigen los centros de estudiantes por su aislamiento respecto a una masa estudiantil que cada vez se aleja más de la participación que supo tener, una crítica que desde antes también se encontraba en boca de los estudiantes comunistas<sup>32</sup>. Todas ellas cuestiones que tales militantes profundizarían a partir del año próximo.

### 1957. Una etapa de radicalización

A partir de 1957 es fácil advertir a través de diversas publicaciones comunistas, aunque también en otras reformistas, un aumento de la radicalización de cara al proceso de reestructuración universitaria vigente. La tan mentada unidad pierde lugar en aquellas publicaciones «rojas» frente a temas cuyo común denominador es la crítica a dicho proceso en las cuestiones reseñadas. Este viraje, por cierto, no se da en el vacío sino en un contexto donde otros sujetos del joven reformismo también se radicalizaban, al orientar de un modo más marcado sus alianzas hacia

<sup>32</sup> En *Mar Dulce* la militante comunista Francis Korn sostenía: «En vez de la solución fácil de la agremiación automática, para fortalecer el centro y hacerlo mayoritario falta que sepa interpretar y luchar por solucionar los problemas de los estudiantes. Esto se logra en la consulta permanente y en la actividad masiva, acabando la concepción de que el centro es la comisión directiva. Debe además llevar una tarea permanente de esclarecimiento acerca de la importancia de la agremiación. Sólo así se romperá la mentada apatía, sólo así se hará reino activo el aporte de cada estudiante al trabajo gremial». «Sobre el centro único», año II, N° 4, julio de 1956, p. 7.

el movimiento obrero cuyas organizaciones sindicales debían funcionar en condiciones de proscripción política, y en ese sentido se distinguía de quienes mantenían la línea política relacionada con el sentido antiperonismo de antaño.

En febrero de ese año los comunistas propiciaron las protestas contra el examen de ingreso. En este marco, retomando una metodología que los estudiantes habían utilizado el año anterior en repudio al artículo 28, y previamente en los días posteriores al golpe de Estado, se ocuparon las facultades de Medicina e Ingeniería porteñas<sup>33</sup>. El acontecimiento, que no pudo anular la toma de exámenes finalmente, trajo aparejado fuertes cruces con las autoridades universitarias cuya política limitacionista se juzgaba cómplice del ahogo presupuestario al que sometía el gobierno nacional a las casas de altos estudios. Al mismo tiempo, tensó hacia un punto de no retorno las relaciones con el humanismo y particularmente con el denominado reformismo «de derecha» liderado por el CEI Línea Recta. Las polémicas con esta entidad se hacían singularmente relevantes para los comunistas ya que el sector que éste lideraba, como se vio, era el más reactivo a su acercamiento activo al resto del reformismo. Por ello, la derrota propinada a éstos en la FUBA, por parte de la alianza dirigida por el autoproclamado «de izquierda» Movimiento Universitario Reformista que dirigía el Centro de Derecho (CEDCS), más contemplativo respecto a los comunistas, les resultaba particularmente importante<sup>34</sup>.

En *Cuadernos de Cultura* Julio Beker se refería así a la situación en curso:

<sup>33</sup> El hecho se inició el 12 de febrero en Medicina y luego se trasladó a Ingeniería bajo la consigna «*Menos presupuesto militar, queremos estudiar*». Kleiner en su libro sostiene que una vez suspendido en esa facultad aquella evaluación: «El 13 de mayo, fecha del nuevo turno de examen, 200 policías rodearon las adyacencias de la Facultad con carros de asalto y armas largas. Desde los micrófonos de una estación móvil, un patrullero de la policía leía las listas de aspirantes reclamando su presencia en el examen. Los estudiantes rompieron los cordones policiales y penetraron en la Facultad con enormes cartelones, protestando de viva voz contra el avasallamiento de la autonomía universitaria. Luego de varias horas de lucha intensa, fueron desalojados por la fuerza represiva. Veintisiete estudiantes fueron suspendidos por un año [...] y procesados por usurpación». Bernardo Kleiner, op. cit., p. 164.

<sup>34</sup> El estudiante de abogacía Jorge Gadano, electo presidente de la FUBA en 1957, recordaría con respecto a dicho centro: «Eran anticomunistas, servilmente antiperonistas, al extremo que, creo la anécdota vale, en reuniones de la Junta Representativa de la FUBA cuando yo las presidía, un delegado de Ingeniería, de apellido Esteban, decía cosas como que no podía estar sentado al lado de Julio Beker, que entonces estaba en la juventud comunista, porque le daba asco» Testimonio recogido en Mario Toer: *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*, t. 1, Buenos Aires, CEAL, 1988, p. 96. Es de destacar que ese año el frente que presidía Gadano perdería la FUBA, aunque a principios del año siguiente ganaría con mayor solidez la federación porteña, que de ahí en más se volvería reactiva para los de Ingeniería.

«Concesiones erróneas acerca de la crisis universitaria y de las causas que la motivan llevan, naturalmente al arribo a falsas soluciones y a desviar la atención de los problemas fundamentales. Es así como algunos núcleos estudiantiles, por ejemplo, han llegado a coincidir con la política reaccionaria de restringir el número de alumnos por adecuarlo a la capacidad docente de una universidad sabotada por la negación del presupuesto que le es imprescindible, apartándose así, al mismo tiempo, de la lucha por su incremento sustancial y la inclinación de dirigentes de la F.U.B.A. a la idea de los departamentos fue una de las causas que retacearon el apoyo a la lucha por la elevación de la Escuela de Farmacia y Bioquímica a la categoría de Facultad, que justamente llevaron a cabo los estudiantes de la misma»<sup>35</sup>.

Precisamente, la cuestión de la departamentalización sería uno de los temas más rípidos de la política comunista durante este año. El proyecto, que imitaba lo hecho por las universidades norteamericanas, pretendía incluir bajo la órbita de un mismo departamento materias que hasta el momento eran dictadas por diversas carreras y facultades de la UBA. El mismo contaba con el aval del reformismo universitario tanto docente como estudiantil y se enmarcaba para ellos en el pregonado programa de modernización. Su utilidad, argüían, iría en beneficio de toda la Universidad ya que se ahorraría una partida considerable del presupuesto y, además, se propiciaría un saludable y permanente intercambio entre quienes cursaban diferentes carreras. Por supuesto, el modelo estaba pensado desde la óptica de una institución inclinada principalmente hacia la investigación científica.

Sin embargo, las facultades «profesionalistas», dominadas por los sectores más conservadores de aquel proceso, y lideradas por el cuerpo mayoritario de docentes de Derecho, cuyo proyecto consistía en retomar la Universidad perdida en 1943, se le opusieron. El mismo de aplicarse, evidentemente le quitaría poder a este sector acostumbrado a manejar las riendas de la UBA. Así, finalmente, la departamentalización no sería aprobada por la Asamblea Universitaria del año siguiente.

En un hecho paradójico, los comunistas sumaron su proscripción al mismo. Éstos criticaron ferozmente el proyecto que se pensaba a semejanza de lo que ocurría en los EEUU. No obstante, los comunistas plantearon además otras razones para rechazar aquella reorganización universitaria. Como se desprende del referido artículo de Becker, dirigente estudiantil en la Facultad de Arquitectura, argumentos que en número variado se reproducen en otros discursos comunistas, la negativa se debía a: 1. los

<sup>35</sup> «Sobre la reestructuración universitaria», en: *Cuadernos de Cultura*, N° 28, marzo de 1957, p. 107.

problemas para cursar que tal medida ocasionaría; 2. el «cientificismo puro» que trae aparejada este proyecto que convierte a la Universidad en una entidad exclusivamente dedicada a la ciencia cuando debe también formar profesionales; 3. la pérdida de especificidad que se le da a la misma materia en cada carrera; 4. el hecho de que la estructura que contempla vaya en detrimento del gobierno tripartito igualitario y propicie de este modo la supremacía del claustro docente en la Universidad.

Más allá de la razonabilidad o no de la explicación comunista, lo paradójico fue que esta medida los terminó acercando al sector conservador del profesorado, al que en cualquier otro aspecto se le oponían abiertamente. La candidatura de Alfredo L. Palacios, connotado como «anticientificista», como rector de la UBA a fines de 1957, hacia quien los comunistas, más allá de ser una figura socialista, profesaban un basto reconocimiento, significó el momento cúlmine de este contradictorio proceso. Pero debieron desistir de ella ante la evidente derrota ya que ni los propios estudiantes socialistas apoyaban al candidato partidario. Así, los jóvenes comunistas decidieron, en sintonía con el resto del reformismo, apoyar a Risieri Frondizi en una acción que juzgaban no divisionista en un momento clave<sup>36</sup>. Por supuesto, con éste coincidían en la necesaria ligazón de la UBA a un proyecto de país desarrollado, que el hermano del mismo encarnaba para un amplio sector de izquierda, al que la Universidad debía apuntalar con su acción.

Por último, en aquel movido año una nueva reivindicación, que desde 1955 los unía con el resto del reformismo, completaba la agenda comunista: el reclamo de un gobierno tripartito e igualitario para las universidades. Se trataba de una cuestión tan anhelada como problemática en su relación con el claustro docente. Ya cuando se constituyeron oficialmente las Juntas Consultivas en la UBA, en 1956 por decisión de Romero, ámbito facultativo en que cada estado universitario gozaba de la misma representación, se había provocado un gran revuelo con buena parte del profesorado, en especial en las facultades profesionalistas, destacándose Medicina, que no aceptaban de ningún modo tal paridad. Aquel antecedente, cuyo funcionamiento imitaba a la Junta Consultiva Nacional de la que en su carácter de consejeros participaban todos los partidos que habían estado en la oposición

<sup>36</sup> Gilbert relata en su libro sobre la FJC que el sufragio de la delegación comunista y el de quienes ésta orientaba a favor de Frondizi fue clave para destrabar su elección en la Asamblea Universitaria. Él mismo se entrevistó con aquél en un cuarto intermedio y le pidió, a cambio de los votos, que cuestiones como la departamentalización sean largamente discutidas por el demos universitario antes de arribar a una medida efectiva. El candidato le respondió que precisamente eso pensaba hacer y entonces éste le comunicó su decisivo apoyo, op. cit., p. 356 y ss.

al gobierno de Perón a excepción del PCA<sup>37</sup>, puso en guardia a los docentes más conservadores quienes decidieron no abandonar sus privilegios en la dirección de las casas de estudio. El triunfo final de éstos, al imponer su mayoría en los consejos directivos, se dio tras un duro proceso que culminó con el episodio más convulso que provocó la amplia presencia estudiantil en el Consejo Superior<sup>38</sup>.

Kleiner, en una nueva reunión de universitarios comunistas, destacaría como logros de este año el haber conseguido una inédita representación de cuatro delegados en los consejos estudiantiles, a excepción de Tucumán y Bahía Blanca. Ello a pesar de que, según su testimonio, fueron activos propulsores de los consejos tripartitos y paritarios. Además, subrayaba el proyecto unitario de los comunistas que bregó siempre por unir a los sectores más progresistas del estudiantado, aunque al mismo tiempo se mostraba consciente de la distancia entre los resultados concretos y las intenciones manifiestas. Por ello mismo atacaba a los frondicistas –el PCA aún no había concretado la unidad con éstos a nivel nacional– y ponía como ejemplo lo acontecido en Derecho, donde la dispersión de las fuerzas reformistas había hecho posible el ascenso de un decano reaccionario. Por último, Kleiner criticaba la penetración «yanqui imperialista» en la UBA que encontraba uno de sus modos de ingreso en la departamentalización que impulsaban sobre todo profesores de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales y que encuentra ecos positivos en algunos sectores del reformismo estudiantil. De cara al año siguiente, concluía:

«Por ello la cuestión esencial que hace al actual gobierno universitario es el de la reestructuración de la enseñanza, mejor dicho el carácter que se le asigne a la misma: o se

<sup>37</sup> La exclusión del PCA se profundizó con su acercamiento al movimiento obrero peronista e incluyó una política similar a la que se le aplicó a dichos obreros: persecuciones, cárcel para dirigentes sindicales y ataque a locales partidarios y a entidades vinculadas a éste.

<sup>38</sup> Ese 23 de septiembre se votó por una representación que establecía 8 consejeros para los profesores, 4 para los estudiantes y 3 para los graduados. A esta medida se sumaría otra decidida en la sesión del 5 de octubre votada esta vez por unanimidad. La misma preveía que el Consejo Superior quedaría conformado por el rector más los decanos a quienes se le les sumaban cinco representantes por cada claustro. Lo último constituía, según los votantes, un acto de justicia que marcaba el camino de igualdad entre los tres estados universitarios. La homogeneidad del voto quería dar un cierre feliz, cuyo consenso mostrara la madurez de las autoridades interventoras en el proceso de «normalización». Frente a ello, de poco sirvieron las aireadas quejas de uno de los dos delegados estudiantiles, el reformista Pablo Amati, quien recordaba que si en los consejos directivos la proporción era de 51 a 49 por ciento entre los profesores y los otros claustros, en el Consejo Superior ésta se ampliaba al 61 por ciento para los primeros. En: *Actas Taquigráficas del Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires*.

amplían las exigencias del país o se las ha de restringir de tal forma que se hará imposible el acceso popular a la instrucción superior. La Asamblea Universitaria que debe debatir el futuro Estatuto, reflejará inevitablemente estas dos corrientes y la presión que se haga sobre una u otra, es la que en fin determinará el curso futuro de la Universidad»<sup>39</sup>.

## 1958. HACIA UNA NUEVA ETAPA HISTÓRICA

A fines de 1957 resultó electo Frondizi como rector. Algunos meses después su hermano Arturo asumiría la presidencia nacional con la promesa de dar inicio a una necesaria industrialización pesada del país. El PCA fue parte, aunque tardíamente decidido, de la campaña del último. En ésta, se creó una gran expectativa entorno a dicha figura nacional en la UBA y en ese sentido se conformó la Acción Política Universitaria, la cual integrarían también los jóvenes comunistas así como numerosos activistas del CEDCS, que propiciaban su candidatura<sup>40</sup>. Por primera

<sup>39</sup> «El papel de los estudiantes comunistas en el proceso de normalización institucional (extracto del informe central presentado a la Reunión Nacional Universitaria de jóvenes comunistas celebrada en noviembre de 1957 en Buenos Aires)», en: *Nueva Era*, año IX, N° 7, diciembre, p. 26. Por otro lado, Gilbert me comentó en la mencionada entrevista que ese año los comunistas hicieron una muy buena elección que en líneas generales los ubicaba como tercera fuerza y, en Arquitectura, como segunda fuerza. Ello se debió a que en esta oportunidad jugaron todas sus fuerzas en la elección de centros y de consejos de fines de 1957.

<sup>40</sup> El manifiesto de esta organización afirmaba: «Los abajo firmantes, universitarios conscientes de nuestra responsabilidad ante el destino del país, nos constituimos en Comité Organizador de Acción Política Universitaria, a fin de movilizar a estudiantes y graduados, unidos a todos los sectores populares, en la lucha por la liberación económica, política y social de nuestra patria, fundados en nuestras coincidencias en los siguientes puntos básicos: 1°. Destrucción de las estructuras oligárquicas e imperialistas que impiden el desarrollo nacional, mediante: a) una profunda reforma agraria que elimine el latifundio y coloque la tierra al servicio de la sociedad y del trabajo; b) la nacionalización de los monopolios, de las fuentes energéticas y de los servicios públicos, asegurando el control estatal del crédito y del comercio exterior; c) el fomento racional de la producción y el desarrollo de la industria pesada nacional; d) un efectivo mejoramiento social, que garantice a las clases laboriosas condiciones dignas de vida y de trabajo; e) la abolición de la legislación y de los organismos represivos, y la plena vigencia de los derechos del hombre y del ciudadano; f) la promoción de lazos de paz y de amistad con todos los pueblos del mundo, rechazando acuerdos internacionales y pactos militares que lesionen nuestra soberanía e impliquen compromisos bélicos de cualquier naturaleza. 2°. Realización, sobre la base de este programa nacional, de una auténtica Reforma Universitaria, asegurando además específicamente: a) la autonomía y el gobierno tripartito e igualitario de las Casas de Estudio; b) la enseñanza laica, racional y científica en función del desarrollo del país y del bienestar popular; c) la facultad inalienable del Estado, a través de sus universidades, para otorgar títulos habilitantes; d) un presupuesto educacional adecuado al eficaz cumplimiento de los fines enunciados». «Manifiesto a la Juventud Argentina», en: *Juventud. Vocero de la Federación Juvenil Comunista*, N° 75, 14 de febrero de 1958, p. 2.

vez desde 1945, un sector destacado de obreros y estudiantes se volcaba a apoyar un mismo candidato, quien para seducirlos se hacía eco del programa que ambos levantaban coincidentemente. Si bien eran diferentes los caminos y las circunstancias que los habían llevado a optar por aquél, esas diferencias sustanciales no opacaban la igualmente sobresaliente concurrencia electoral.

No obstante la decepción no se hizo esperar. La política nacionalista respecto a los hidrocarburos que Frondizi en su célebre libro *Petróleo y Política* había plasmado no se aplicó. En cambio, se profundizaron los contratos con los monopolios extranjeros que Perón había iniciado con la Standard Oil en 1954. A ello se le sumó, a fines de agosto, la promoción del polémico artículo 28, y la sanción legislativa en un engorroso trámite parlamentario de una ley que en lo fundamental emulaba a dicho artículo a fines del mes siguiente por presión del Ejecutivo<sup>41</sup>. El frente universitario que lo había impulsado, comunistas incluidos, pasó a la más enconada oposición.

En este marco se sancionó, a principios de octubre, el nuevo Estatuto de la UBA en el seno de la Asamblea Universitaria. Con su aprobación se consideró cerrado un período de reestructuración universitaria. Si bien éste no permitía su conducción tripartita y partidaria, tal cual era el anhelo reformista, sí les daba un poder inusitado a los estudiantes en la nueva vida institucional. En buena medida la militante posición que asumió el rector de la UBA contraria a la reglamentación del polémico artículo 28, hizo que los estudiantes reformistas cedieran en ese punto para no quebrar una relación que se había estrechado durante esas acaloradas jornadas significativamente a su favor.

<sup>41</sup> La ley 14.557 finalmente sancionada sostenía: «Deróguese el artículo 28 del decreto-ley 6.403/55 y apruébese en su reemplazo el siguiente: La iniciativa privada con capacidad para expedir títulos y/o diplomas académicos. La habilitación para el ejercicio profesional será otorgada por el Estado nacional. Los exámenes que habilitan para el ejercicio de las distintas profesiones serán públicos y estarán a cargo de los organismos que designe el Estado nacional. Dichas universidades no podrán recibir recursos estatales y deberán someter sus estatutos, programas y planes de estudio a la aprobación previa de la autoridad administrativa, la que reglamentará las demás condiciones para su funcionamiento. El Poder Ejecutivo no otorgará autorización o la rechazará si la hubiese concedido, a las universidades privadas cuya orientación y planes de estudio no aseguren una capacitación técnica, científica y cultural en los graduados, por lo menos equivalente a la que importan las universidades estatales y/o que no propicien la formación democrática de los estudiantes dentro de los principios que informan la Constitución Nacional», en: Alberto Ciria y Horacio Sanguinetti, *Los Reformistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968, p. 143. El Poder Ejecutivo la reglamentaría el 11/02/1959 a través del decreto 1.404.

Luego de aprobado el Estatuto, el apoyo unitario del reformismo a una segunda candidatura de Frondizi fue otra vez relevante para que éste se impusiera nuevamente como rector a fines de noviembre, esta vez por cuatro años. En esta oportunidad, los comunistas no dudaron en votar, pese a que la incertidumbre acerca de su costado “cientificista” persistía, y que políticas como los exámenes de ingreso facultativos seguían siendo activamente resistidas, por quien se había puesto ostensiblemente al frente del proceso contrario al artículo 28<sup>42</sup>.

Giúdice haciendo un balance de la situación, rescataba, pese a la sanción legislativa que posibilitaba a las universidades privadas otorgar títulos habilitantes, la singular unidad que tal acontecimiento forjó. En ese contexto, sostenía, se rompieron las divisiones al interior del reformismo, por ejemplo aquella que distanciaba a los mismos en torno a la departamentalización, y se mostró en todo su esplendor, y «exuberante fervor», una «juventud nueva». Con estas emotivas palabras finalizaba su reflexión:

«Nunca la universidad argentina se abrió tanto a la comprensión de los grandes problemas del saber universal, la realidad argentina y la cultura nacional. Nunca se abrió tanto al debate de las ideas ni nunca fue tan libre. Cátedras paralelas de un lado; mesas redondas sin exclusiones por el otro.

El movimiento reformista quiso hombres, y ahí los tiene. En pocas semanas se ha completado un cuadro y clarificado un panorama que pasa a ser la base para el mejor enfoque de la reestructuración educacional y universitaria. Han sido derrotadas muchas ideas y concepciones, entre ellas el falso humanismo de los humanistas. Los verdaderos humanistas –humanismo no confesional– son los reformistas que, una vez pasada la justa hostilidad de la hora, deberían facilitar todo lo que permita la participación de los humanistas convencidos de su error en las tareas constructivas de la universidad. Al mismo tiempo habría que impedir la revancha de «profesores» hechos a la medida de los jefes peronistas y del aliancismo, y que en el fondo son clericales, al acceso de un mezquino desquite. Y también habrá que pedir cuenta a algunos agazapados que, después de haber sido los promotores de las «Fundaciones»

<sup>42</sup> «Porque en el gobierno tripartito de la Universidad, estudiantes, graduados y profesores le reconocen a través de la gestión pasada, las aptitudes necesarias para ejercer tal alta gestión universitaria. Porque coincide con el pensamiento de los tres claustros que dan vida a la enseñanza superior. Porque representa una garantía del cumplimiento del anhelo común de estos tres claustros», «¿Por qué se reelige un rector?...», en: *Juventud en lucha*, N° 5 (161), 05/12/1958, p. 4.

privadas y preparado el terreno para la universidad privada, han callado frente a la amenaza clerical a la espera del acomodo con el triunfador.

Hay que ir ahora a fondo: que la universidad argentina sea por dentro lo que el movimiento reformista quiere que sea»<sup>43</sup>.

## UN PROCESO QUE CONCLUYE Y OTRO QUE COMIENZA

Con el fin de la reestructuración académica encarada a partir de 1955, plasmada en el nuevo Estatuto que «normalizó» la vida universitaria, una nueva etapa histórica se abría para un renovado reformismo estudiantil. Los comunistas ya eran parte activa de la dirección de este movimiento, dominado ahora por un ala que se reconocía de izquierda, allanándose entonces las diferencias que los separaban nítidamente del grueso de éste desde 1952. A comienzos de 1959, ello quedaría cabalmente demostrado en la vicepresidencia de la FUBA que ocuparían a través del estudiante Beker surgido de sus filas.

La política comunista aquí analizada, crítica al «cientificismo» y sus consecuencias, vista en retrospectiva anticipaba uno de los temas que marcarían la radical separación con las autoridades universitarias en los años por venir. Precisamente, el advertido carácter anticipatorio de buena parte de tales críticas al proceso innovador en curso, las que a medida que se avanza en el tiempo se encuentran con mayor asiduidad, hace de éstos un sujeto singular a estudiar en el período en que se concentró este trabajo. Así por ejemplo lo pone en evidencia el señalado término «cientificismo» por ellos acuñado y sus implicancias: el cual ganaría, con el paso del tiempo, una presencia incuestionable entre el joven reformismo que lo usaría frecuentemente para caracterizar negativamente la situación universitaria vigente. De este modo, un término que la literatura especializada ha creído propio de la década de 1960, en realidad ya se lo encontraba en boca de los comunistas en el tiempo analizado.

Asimismo, esto que tal literatura pasa por alto es síntoma de un desconocimiento aún más relevante: el de un temprano proceso de radicalización en el estudiantado universitario. Que ese proceso no se inició en la década posterior, dio cuenta el sujeto indagado: la política crítica desplegada por los estudiantes comunistas se impone, con todas sus contradicciones pero también con sus innovadores des-

<sup>43</sup> «Una lección de historia», en: *Cuadernos de Cultura*, año VII, N° 38, Buenos Aires, noviembre de 1958, pp. 9 y ss.

cubrimientos, como una demostración de dicho primigenio proceso. Como se vio, ésta tuvo por objeto el proyecto transformador universitario que en buena medida su militancia había bregado por encauzar. En ese sentido, si se tiene en cuenta la importancia que tal radicalización adquirirá en los años posteriores al extenderse y profundizarse, se advertirá que para su comprensión resulta central remontarse a sus raíces.

#### **Registro bibliográfico**

CALIFA, JUAN SEBASTIÁN

«Los estudiantes comunistas frente a la reestructuración de la Universidad de Buenos Aires (1955-1958)», en: ESTUDIOS SOCIALES, Revista Universitaria Semestral, año XX, N° 38, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, primer semestre, 2010, pp. 127-150.

#### **Descriptorios · Describers**

Universidad de Buenos Aires / movimiento estudiantil / izquierda / reformismo

University of Buenos Aires / student movement / left / reformist student